

ticamente correcto, o encontrar una editorial a la hora de publicar cualquier libro que se aparte lo más mínimo de las versiones oficiales.

En suma, al margen de que se esté de acuerdo o no con las ideas expresadas por el autor, el libro resulta muy atractivo por los temas que toca, y está escrito además en un estilo brillante a la par que ameno.

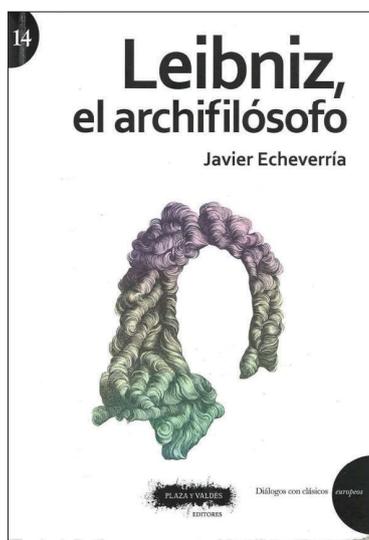
Javier Clavero
Médico y escritor

Leibniz, el archifilósofo

JAVIER ECHEVERRÍA

Madrid. Plaza y Valdés Editores. 2023. 381 páginas.
ISBN: 978-84-17121-72-3. PVP: 18,27 €

El libro consta de prólogo, seis capítulos, un epílogo y la bibliografía. En el prólogo Echeverría nos deja claro que estamos ante una biografía que se va a ocupar “de la *primera vida de Leibniz: la corporal (1646-1716)*” (p. 15). El primer contacto que Echeverría tuvo con los manuscritos de Leibniz se produjo allá por 1976 y desde entonces no ha abandonado esa colaboración colectiva de transcribir y publicar textos de la segunda vida de Leibniz.



Esta biografía trata de entender y comprender, en gran medida, a Leibniz, a quien se califica desde el comienzo como “un gran filósofo”, para matizar después que en realidad fue un archifilósofo, mucho más que un filósofo. Los campos de interés de Leibniz fueron amplísimos, su capacidad de aprender, de inventar, de leer, de escribir, etc., fueron casi ilimitados. Sintetizar en unas pocas páginas la densidad del contenido de esta excelente biografía va a resultar complicado.

Echeverría justifica el uso de archifilósofo para referirse a Leibniz porque en él encontramos una curiosidad universal y sus ganas de aprender y dialogar; hoy se siguen publicando sus escritos (nuevos y relevantes) sobre múltiples temas, trescientos años después de su muerte.

El Capítulo I está dedicado al nacimiento y juventud de Leibniz. Se nos relata la pasión del biografiado por la biblioteca de su padre, que siempre estuvo a su alcance y en la que desde muy niño hizo incursiones aleatorias para conocer a los antiguos y a los modernos y en la que se imbuó del irenismo que le acompañó el resto de su vida.

Su primera publicación sería la *Disertation del arte combinatoria*, aparecida en 1666, libro ambicioso pero desordenado, es visible su carencia en matemáticas en esta época. Este libro fue escrito con la influencia de sus lecturas de infancia, en este caso de las de Petrus Ramus, quien había cuestionado la tabla de las categorías de Aristóteles. Esta preocupación continuó en Leibniz como puede verse en los manuscritos inéditos sacados a la luz por Couturat en 1903. Pasaría a ser considerado el precursor de la lógica matemática contemporánea.

En diciembre de 1667 conseguiría su primer trabajo junto al barón Boineburg. Será aquí donde se inicie uno de sus grandes éxitos, la red de interlocutores que llegaron a alcanzar el millar. En la correspondencia que mantenía con ellos encontraremos grandes aportaciones de tipo filosófico, científico, político, histórico, diplomático, etc. De estos intercambios epistolares surgen sus iniciativas de fundar una revista alemana semejante al *Journal des Savans*, y la de fundar una academia de ciencia.

Consiguió que Boineburg le nombrara emisario en Francia para que presentara un proyecto geoestratégico y parar la invasión otomana hacia Centroeuropa. Leibniz solicitó al duque de Hannover cartas de recomendación para personas cualificadas en su estancia en París.

El Capítulo II aborda las estancias de Leibniz en París y su paso por Londres. En realidad, este periodo será el del aprendizaje de matemáticas por parte de Leibniz. Estará en contacto con la ciencia moderna y con los matemáticos que le ayudarán en su formación. Huygens “se convirtió en su mentor parisino” (p. 55), pero el mayor aprendizaje lo obtuvo en su rápida visita a Londres en 1673. Unas semanas en la Royal Society le permitieron entender que era allí donde se inventaban las matemáticas y que los resultados sólo eran válidos cuando “son evaluados y luego publicados” (p. 60).

Leibniz intentará alargar su estancia en París, trató de ser nombrado académico de número (remunerado) de la Academia de Ciencias de París, pero la presidía un neerlandés, Huygens, y contaba también con otro extranjero, Cassini, así que otro más (y luterano) no era algo bien visto. Pero 1676 fue un año muy productivo, ya tenía una alta formación matemática, su *Cuadratura Aritmética* estaba concluyéndola, y su estancia en París finalizando.

Tendrá que regresar a Hannover reclamado como asesor del duque Juan Federico en 1676, pero ese regreso lo realizará vía Londres, confiado en tener encuentros provechosos tres años después de aquella experiencia inicial, ahora mucho más preparado en matemáticas y para presentarles su cálculo infinitesimal. Sin embargo, esta visita fue fugaz y nada fructífera. De Londres se trasladaría a Nederland con un objetivo claro, entrevistarse con Spinoza en La Haya. París no supuso sólo una formación en matemáticas para Leibniz sino una gran formación en filosofía, y Spinoza era una de las figuras más insignes y más interesantes para Leibniz.

En el Capítulo III Echeverría nos dice que “entender a Leibniz requiere ponerse en su lugar, cosa nada fácil, dada la complejidad del personaje” (p.87). En el periodo hannoveriano estuvo al servicio de tres duques: Juan Federico, Ernesto Augusto y Jorge Luis.

Como bibliotecario, en su primer periodo, “inventó un nuevo sistema de catalogación de libros, el sistema de clasificación decimal” (p. 91). En julio de 1677 recuperó el intercambio epistolar con Newton a través de Oldenburg, pero este fallecería inesperadamente en septiembre de ese año, interrumpiéndose para siempre la comunicación entre Leibniz y Newton.

Dos años después fallecería el duque Juan Federico. De estos primeros años serían sus escritos de lógica. Echeverría nos habla del *misterio leibniziano* para tratar de explicar por qué Leibniz escribía mucho y publicaba muy poco. Podría decirse que sus escritos eran provisionales porque “siempre eran mejorables”.

En el Capítulo IV aborda Echeverría una parte importante del servicio de Leibniz al duque Ernesto Augusto. Nos va a permitir conocer un Leibniz dedicado a la minería, al desarrollo de molinos para aplicarlos a la explotación minera, al inversor en busca de rendimientos, pero especialmente al historiador. En esta faceta Echeverría nos muestra como Leibniz lleva a cabo una investigación minuciosa para indagar los orígenes de la Casa de los güelfos, originaria de la del duque, la de Braunschweig-Lüneburg. Este trabajo de historiador le permitió a Leibniz viajar y extender sus redes de correspondencia por Viena, Venecia o Roma. Coincide además, con numerosas publicaciones en las *Actas Eruditorum*. Echeverría nos lleva de la mano de Leibniz para conocer sus pasos, pero se aleja cada poco tiempo para tomar perspectiva y explicarnos que supone cada propuesta leibniziana, de manera exquisita y exhaustiva, por ejemplo, para que la polémica Newton-Leibniz sobre “el cálculo de fluxiones” y “el cálculo de diferencias”, entendamos que no tenía sentido (p. 135).

En el Capítulo V, periodo en el que se moverá entre Hannover y Berlín conocerá la publicación de su *Protogaea* que le “acredita como un científico natural” (p. 193), así como su *Dinámica* y el *Nuevo sistema de la naturaleza*. Leibniz fue ante todo “un pensador de lo infinitamente pequeño, y no sólo en matemáticas, también en cuestiones físico-biológicas” (p. 208). A inicios del XVIII, en 1701, escribió un ensayo sobre una nueva ciencia de los números en la que anticipaba una geometría diferente a la de Euclides y Descartes, el *analysis situs*, y una aritmética diferente al álgebra de Descartes y a la aritmética de Euclides, pero no llegó a tener eco. Es en este periodo también cuando consigue finalmente crear la Sociedad de Ciencias de Berlín, cuyo primer presidente será él (p. 234). Compartirá su lema con la institución científica: *Theoria cum praxi* (Teoría con práctica). De este periodo también es su texto *Nuevos ensayos*, donde aparece su *sistema de la armonía preestablecida*, pero la muerte de Locke en 1704 frenó su intención de publicarlo.

El Capítulo VI se ocupa de la última década de la vida de Leibniz. Ahora verá la luz su *Teodicea* (1710), donde presenta los aspectos más teológicos de su sistema filosófico. De ella destaca el gran impacto que ha tenido su noción de *mundos posibles* (p. 265). Tras la muerte de Sofía Carlota vivará sus mayores desavenencias con el duque de Hannover, motivadas por su tardanza con la historia de la Casa de Braunschweig-Lüneburg. Ello provocó que tras la muerte de Leibniz ocurrida en 1716, el duque de Hannover y también rey de Inglaterra, ordenara sellar por completo los archivos de Leibniz.

Finaliza el texto Echeverría con el *Epílogo: Leibniz en la historia de la filosofía*. Echeverría, leibniziano como el personaje biografiado, ha cultivado la historia para acercarnos al persona-

je. No ha dudado en presentar el contexto histórico, el espacio y el tiempo en el que Leibniz se mueve, puesto que “pasado, presente y futuro conspiran e interactúan en cada momento” (p. 369). Echeverría ha ido a las fuentes, aplicando la metodología histórica de Leibniz, era necesario para saber que pensó e hizo Leibniz en vida.

Pero Leibniz, el archifilósofo, como lo llama Echeverría, trasciende el tiempo que vivió, y como autor que sigue publicando, este libro, esta biografía, será *un texto provisional, a mejorar* (en el sentido leibniziano) con todo lo que el personaje tiene aún por “escribir”.

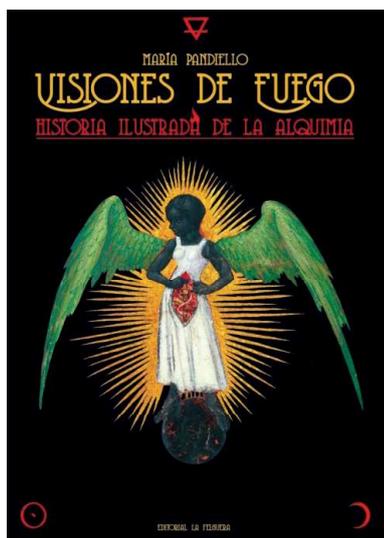
Para terminar, estamos ante la mejor de las monografías posibles, agradecemos a su autor que la haya escrito, luchando contra la amenaza que significa el intentar resumir una obra inmensa, dispersa y compleja como es la leibniziana.

Cándido Martín Fernández
Universidad de Cádiz

Visiones de Fuego. Historia ilustrada de la alquimia

MARÍA PANDIELLO

Editorial La Felguera, 2022. 289 páginas.
ISBN: 978-84-124669-7-3. PVP: 24,90 €



A lo largo de los siglos, la alquimia ha construido un variado y complejo programa iconográfico que constituye una de sus señas de identidad. Las enigmáticas imágenes que ilustran los manuscritos y libros impresos, sorprenden al que se acerca a la literatura alquímica por su riqueza visual y su fuerza expresiva. Y uno no puede sino preguntarse por su significado, ¿por qué están ahí, con qué propósito se diseñaron, por qué esas y no otras? El hermoso libro de María Pandiello, licenciada en filología románica y doctora en historia del arte, no pretende responder a esas preguntas, su propósito no es indagar sobre el significado de los símbolos alquímicos, “sino construir un escenario sólido alrededor de ellos” (p. 16). Como bien señala su autora, a partir del siglo XV los tratados alquímicos europeos se pueblan de imágenes agrupadas en ciclos visuales con un pronunciado